



"Nunca se nos ha regalado nada, y en ese papel de transformar la sociedad, de cambiar y llegar a un sistema verdaderamente democrático, la clase obrera viene siendo la espina dorsal". (En la foto, Saborido y Soto, en Sevilla.)

Sevillanos del 1.001: SOTO Y SABORIDO

Si el 1.001 fue —como se ha escrito— el proceso a la clase obrera española, los trabajadores andaluces tuvieron una destacada presencia, por número y por calidad, en aquel pulso a la libertad. Tres sindicalistas sevillanos (Eduardo Saborido, Fernando Soto y Paquito Acosta) caían aquel mes de junio de 1972 con Camacho y con el cura Paco... En Sevilla seguimos supliendo de Eduardo, de Fernando y Paquito a través de sus mujeres, que escribieron una esforzada página del movimiento obrero: visitas al cardenal, recogida de firmas, acciones cívicas... Carmen, Mari y Luz María nos traían noticias de ellos, desde Carabanchel o después desde Jaén, cuando fueron trasladados el pasado mes de agosto. Pero antes, con la revisión de las condenas, Paquito había llegado a Sevilla en libertad, había sido recibido triunfalmente en la estación de San Bernardo, comenzaba a trabajar en el taxi.

Hasta que llegó la liberación. Sólo diez días —sólo diez días— después de la muerte de Franco, Saborido y Soto, indultados, llegaban a la estación de San Bernardo, en un recibimiento que —pleno

que por la colonización informativa de las regiones españolas— no ha sido suficientemente valorado. Era un domingo; la Universidad, las fábricas, los despachos, las oficinas estaban, por tanto, cerradas. A las dos de la tarde de un domingo con sol y fútbol se conocía la noticia de que Fernando y Eduardo llegarían a Sevilla a las nueve de la noche, en el Talgo, desde la cárcel de Jaén. Y a las nueve, cuando los altavoces anunciaban la llegada del tren en un domingo de sol y fútbol, cinco mil personas empezaban a gritar "Soto y Saborido" en la estación. Sé de quien, en una moto, en esas siete horas, había avisado él solo a cincuenta familias de sindicalistas.

Para los sevillanos, recibir a Saborido y Soto fue un poco reconquistar la libertad por la que ellos habían luchado. Sin que nadie hubiera dado una sola consigna, en la estación de Cádiz se demostró que con la libertad no ocurre nada. Sólo se gritó "Amnistía y libertad" y "Comisiones". Cuando entraba el Talgo, la estación parecía una plaza de toros en fiesta, con los pañuelos blancos al aire.

Ya han pasado... ¿cuántos días? En su Sevilla hemos hablado con

Saborido y con Soto, cuando estos dos luchadores están rehaciendo su vida civil. A Saborido, después de tantos años, lo encontramos con menos ojeras, mucho más apasionado por sus ideas; a Soto, más

introspectivo aún, en toda su madurez humana.

—Vosotros, que habéis convivido en la cárcel con aquellos a quienes no ha afectado el indulto, ¿cómo veis el tema de la amnistía?

SOTO.—Déjame que lo diga treinta, cien mil veces: mientras no se produzca una amnistía, en el país no hay concordia. La prensa lo está repitiendo, es el problema número uno del país, sin amnistía no hay cambio posible. Pero una amnistía sin exclusiones, que haga volver a los que están en la cárcel y a los exiliados.

SABORIDO.—Como he estado en la cárcel, he estado en comisaría y he sido despedido por expresar lo que a mi alrededor yo sentía de los trabajadores y de todo el pueblo; creo que el pueblo necesita en este país cerrar las cárceles para todos los delitos políticos y hay que borrar las fronteras para esos delitos. O sea, que esto no es una cuestión nuestra por lo que hemos padecido o hemos sufrido, sino un sentir general. Pero junto a esta amnistía política y a la vuelta de los exiliados, creo que no es completa sin la vuelta a sus puestos de trabajo de todos los que han sido despedidos, y meto en este apartado a los trabajadores de la sanidad o de la enseñanza que han sido represaliados por luchar por las reivindicaciones profesionales.

—¿Debe haber también una amnistía laboral?

SABORIDO.—Otra de las alegrías que hemos recibido al salir de la cárcel es ver cómo la clase

FERNANDO SOTO MARTIN.—Sevillano del Cerro del Águila. Treinta y siete años. Casado con Mari ("en los papeles, Leonor") Mendoza Ventura, de quien tiene tres hijos: Fernando, de trece años; María José, de once, y Raúl, de seis. Viven en un piso nuevo de la barriada de La Oliva, que se hizo célebre por el crimen de Maribí. Fernando ha trabajado siempre en la fábrica trianera de la Hispano Aviación, ahora absorbida por Construcciones Aeronáuticas, S. A., como chapista, que es su profesión. En las elecciones sindicales del 63 fue elegido enlace y vocal provincial. En las del 66, presidente de la Sección Social del Sindicato del Metal. Fue condenado en el proceso 1.001 a diecisiete años y seis meses y multa de 250.000 pesetas, sentencia rebajada después a cuatro años y dos meses.

EDUARDO SABORIDO GALAN.—Sevillano de la Puerta Real. Treinta y cinco años. Casado con Carmen Ciria Ruiz, de quien tiene tres hijos: Pilar, de once años; Eduardo, de nueve, y Julián, de cuatro. Viven en un piso del Tiro de Línea, de los contruidos a raíz de las inundaciones del Tamarguillo. Como Soto, Eduardo Saborido trabajó siempre en la Hispano Aviación-CASA como administrativo; junto con él fue elegido también enlace y vocal en las sindicales de 1963 y fue en las de 1966 vicepresidente de la Social del Metal. Fue condenado en el 1.001 a veinte años y un día, más seis meses por otro delito en relación con el carnet de identidad, y también una multa de 250.000 pesetas. Estas penas le fueron posteriormente rebajadas a cinco años y seis meses.

Soto y Saborido han pasado, desde su detención, tres años y cinco meses en las cárceles de Carabanchel y Jaén.

SOTO Y SABORIDO

obrero no se había olvidado de nosotros, sino que, además, en todo momento han planteado en la fábrica de Construcciones Aero-náuticas, que es a la que hemos pertenecido y donde nos hemos hecho trabajadores, hombres y militantes obreros, el reingreso nuestro, así como el de todos los represaliados por las sucesivas huelgas y luchas que ha habido. Nuestra perspectiva inmediata, porque es un derecho y un deber, es volver a nuestro puesto de trabajo en esa fábrica, al seno de esos trabajadores tan queridos.

Un reto y una victoria

—¿Fue el mil uno el proceso a la clase trabajadora?

SABORIDO.—Desde hace muchos años se viene procesando y encarcelando a trabajadores, la clase obrera ha tenido muchos procesos. Desde que entré a trabajar en Hispano empecé a ver a trabajadores despedidos y encarcelados, quizá fue lo que me hizo pensar en los problemas míos y de mi clase. Pero indudablemente en este último periodo cuando fuimos detenidos y posteriormente conocedores de la petición fiscal que se nos hacía, efectivamente pensamos que con esas peticiones de veinte años lo que se trataba era de atemorizar a ese movimiento obrero pujante, cuya expresión organizada son las Comisiones; se trataba de frenarlo, cosa que después se ha visto ha sido imposible. Desde ese punto de vista, y no olvidándonos de otro proceso muy importante, el de "los veintitrés" de El Ferrol (por el que Pillado, Rioboo y Amor Deus aún continúan en la cárcel), podía decirse que el mil uno era una especie de reto a la clase obrera, cuyos resultados ya se han visto.

—¿Habéis asistido en Carabanchel y en Jaén a la "Universidad obrera" que dicen que es la cárcel para el preso político?

SABORIDO.—La cárcel está un tanto mitificada en este sentido entre las capas populares. No se puede negar que en la cárcel hay mucho más tiempo que en la calle para estudiar y para leer. Por decirte una anécdota, hasta no ir a la cárcel no conocí a Valle-Inclán; esto era ya con más de treinta años. Eso da una idea no solamen-

te del poco tiempo que tienen los trabajadores para leer, sino del estado cultural de nuestro país. En ese sentido, la cárcel permite la profundización de una serie de estudios, reflexionar sobre las experiencias pasadas; pero yo le quitaría ese rótulo de "Universidad obrera"; la Universidad que necesitamos no es la de las rejas y los portones, necesitamos una Universidad popular y libre. La cárcel... para algo nos meten: es dura, es una medida no sólo de represión, sino de disuasión de todo aquel hombre que trata de defender lo que piensa y con dignidad sus intereses; es dura y se piensa mucho en la familia, en los amigos, en la calle, en el trabajo, y se pasa mal. Lógicamente se busca la manera de no pasarlo mal, y se buscan los ratos para hacer algo que en la calle tienes pocas posibilidades de hacer, como es el estudio, como es la lectura, conocer la literatura y reflexionar sobre las experiencias. Desde ese punto de vista sí se sale más formado de la cárcel; pero también se puede salir deformado por ese encierro, que es antinatural.

SOTO.—Nunca es grato aprender a golpes, pero es la única opción que hemos tenido hasta ahora.

Evolucionando desde fuera

—¿Cómo habéis visto desde la cárcel la evolución del Régimen?

Muerte de Carrero Blanco, doce de febrero, afirmación del "bunker", enfermedad de Franco, muerte de Franco...

SOTO.—Al Régimen, aunque no se entienda bien lo que te digo, lo estamos evolucionando desde la calle, desde las fábricas, desde los tajos, desde las Universidades, desde las minas... Creo que nunca se nos ha regalado nada, que las coyunturas históricas que hemos vivido han sido siempre una consecuencia del empuje de las masas y que en ese papel de transformar la sociedad, de cambiar y llegar a alcanzar un sistema verdaderamente democrático, que es lo que se plantea hoy, la clase obrera viene siendo la espina dorsal. Quiero resaltar que la clase obrera no sólo es el motor, sino el ejemplo de nuestra sociedad, y también que dadas las circunstancias del desarrollo industrial de nuestro país coinciden hoy los intereses nacionales de todas las capas y clases sociales (excepto las sumamente parasitarias) con los intereses de la clase obrera, o viceversa. En ese sentido, la clase obrera, al alzarse por una solución profundamente democrática (y yo a esto de la democracia no le voy a poner ningún adjetivo detrás), está jugando el papel de conductora de toda la sociedad. Este protagonismo no es ninguna cosa para la pedantería, sino reconocer un hecho objetivo.

—¿Os sentís héroes?

SOTO.—Mira, yo desde chico prefería los tebeos del "Pulgarcito" y del "DDT" a los de "Roberto

Alcázar y Pedrin". Yo creo que ahora lo que hay que decir es la verdad de que en nuestro país hay cientos de miles de héroes anónimos... Bueno, y nosotros simplemente hemos sido unos "currelantes" a los que una serie de circunstancias, que no te voy a alargar aquí contándotelas y que muchas son conocidas, nos han puesto un poco en candelerito; pero imagínate esos cientos y a veces miles de mujeres de presos políticos, y quiero que lo digas así literalmente, "escónas", en las puertas de las cárceles, llamando a la solidaridad, golpeando en la puerta de los obispos, golpeando en las asociaciones, a las autoridades, reuniendo firmas, exigiendo la libertad... ¡Bueno, ante esos héroes anónimos es donde hay que quitarse el sombrero!

—¿Y os sentís mártires?

SABORIDO.—Nosotros desde siempre hemos tratado de luchar, pero nunca nos ha gustado que nos detengan y que nos manden a la cárcel. Nunca hemos tenido vocación de mártires, de que nos repriman. La represión es culpa de otros. La Policía ha sido la que nos ha detenido y nos ha encarcelado siguiendo directrices y órdenes emanadas desde el Gobierno de este país. De mártires, nada. Nosotros hemos tratado de defender unos intereses y nos hemos visto en la cárcel muy a la fuerza y en la cárcel hemos deseado siempre volver a la libertad. ■ **ANTONIO BURGOS.** (Fotos: JOSE JULIO y SERAFIN SANCHEZ DEL PANDO.)

MARCELINO CAMACHO "LA UNIDAD, VITAL"

A pesar del tiempo y la cárcel, heridas profundas ya cicatrizadas, el militante obrero permanece junto con la imagen de ser uno de los primeros hombres de Comisiones Obreras, cuya trascendencia es innegable por la labor desarrollada, en unas circunstancias históricas poco favorables, dentro del movimiento obrero español. Comisiones es hoy, pese a ser todavía ilegal, una realidad que está sobre el ruedo de la sociedad española desde hace

muchos años y que nadie puede negar ni despreciar.

MARCELINO CAMACHO.—Las Comisiones nacen de una necesidad histórica; por un lado nos encontramos con unos sindicatos verticales que no defienden los intereses de los obreros, sino los de la oligarquía. Por otro lado hay algunos grupos clandestinos, que porque no tienen extensión e incluso por su propia actividad clandestina, no están en condiciones de dirigir a las masas.

Se entra en una etapa de desarrollo industrial, nace la Ley de Convenios Colectivos, que exige negociar sobre la base de un cierto equilibrio. Toda negociación que se haga sin este equilibrio es la entrega sin condiciones del más débil al más fuerte. Los trabajadores tienen que buscar este equilibrio, de ahí nace que se creen órganos para este fin. Está claro que ante la indefensión de los verticales y la ineficacia de los históricos, la clase obrera, como